

La sexta vida de Bennu

“Esta es una de las innumerables e inacabables historias de Bennu, un ave mitológica de la Antigüedad. Los faraones de Egipto reservaban un espacio en sus palacios para que la poderosa ave descansara entre almohadas y alfombras de hermosos colores. Los helenos de Grecia dejaban olivas, almendras y uvas bajo los sauces para que el ave se alimentara. Mucho antes de estos honores, el ave vivía en el Jardín del Paraíso. Adentrándose en el camino de baldosas de topacio se llegaba a la montaña azul, en la que una cascada con olor a hierbabuena brotaba de la misma roca. Era el azul de las alas de cientos de mariposas gigantes que anidaban en aquel lado de la montaña y que se alimentaban del musgo de la roca. En lo alto de aquel lugar crecía un rosal de rojas rosas. Allí anidaba el ave conocida como Bennu o el ave Fénix.

El ave fénix va a morir. Y a nacer. Os preguntaréis, ¿por qué muere si es inmortal? La muerte y la vida forman parte de una misma existencia. La inmortalidad significa vivir más, no significa no morir nunca. Todos morimos algún día, incluso un ave inmortal. Y si tiene que morir, mejor hacerlo en el lugar que le vio nacer. En su hogar. Muy lejos de aquí. En un lugar inalcanzable. ¿Sabéis qué significa inalcanzable? Extremadamente difícil de conseguir. ¿Cómo podríamos visitar al ave fénix en su hogar si no tenemos alas para volar, ni un traje especial que nos haga resistir el calor, ni unos cristales mágicos con los que ver, ni unos pulmones de acero con los que respirar...? Solamente podemos soñarlo. Cerrando los ojos. Soñando. Imaginando ese traje a juego con unas gafas mágicas. Caminando por una tierra oscura, calurosa, demasiado caliente, más que cualquier otro lugar conocido, que los desiertos de las tierras lejanas de dónde vienen los aventureros con especias dulces, como la canela. Agrias, como el clavo. Picantes, como el pimentón...

Cuando la Humanidad descendió a la Tierra, el ave fénix se trasladó al Sol. En el centro del luminoso astro hay un nuevo Jardín con un rosal de rosas ardientes. Ahí tiene construido su nido de plantas aromáticas y ramas de todas las partes del mundo el ave fénix, pues ha tenido tiempo de sobra para poder recorrer el mundo por lo menos ¡cien veces! Los últimos cincuenta años de su existencia los emplea en despedirse de sus amigos. La silenciosa pero afable Venus. El fornido Marte que seguramente le habrá retado de nuevo para saber quién de los dos tiene el color carmesí más intenso. El danzante Júpiter con sus inseparables anillos con los que da vueltas sin parar. Y cómo no, el más íntimo amigo de nuestra ave, Mercurio. Tímido como siempre, pero cercano.

En unas breves horas, el ave fénix se posará sobre el rosal ardiente en el que construyó su nido para contemplar por última vez el más afable lugar de reposo que jamás tendrá. Extenderá sus grandes alas, agitándolas, para encender las llamas alrededor. Las llamas se alzarán, más y más, necesita



todo el calor y la energía que pueda conseguir para morir. Y volver a vivir. Entrará en su nido, cantará la más hermosa de las melodías que cualquier persona pueda escuchar, cerrará los ojos y se acomodará dócilmente. Morirá. Y con él, el rosal ardiente se marchitará. Para volver a renacer”

Ana lanzó polvo en la hoguera en la que todos los pequeños estaban sentados alrededor. Una llamarada se extendió e hizo que se sobresaltaran. Algunos niños rieron de júbilo, otros gritaron de la emoción y otros incluso se abrazaron a sus padres. Los adultos rieron a causa de su inocencia. El tío Nico golpeaba el tambor rítmicamente. La tía Constancia agitaba la pandereta. La percusión mantenía a los asistentes en silencio, a la espera de Diego. Ya habían escuchado al joven nómada ensayar con su violín tras los establos o tras la fábrica de cerámica. Los trabajadores se acercaban a él para admirar el sonido de su instrumento. En ese entonces, Ana aparecía con una hermosa sonrisa y les pedía que les vinieran a escucharle tocar a los pies de la hoguera al caer la noche: Diego tocaría el violín, mientras ella les honraría con historias increíbles e imposibles que aseguraba haber vivido. Los lugareños admiraban la suave melodía del violín de Diego. Ni muy pausada, ni muy lenta. Continua. Eterna. Cómo el ave fénix. De forma abrupta, Diego interrumpió la música. Los asistentes murmuraron entre ellos, ¿por qué paraba de repente? Ana tenía algo que decir.

“Esta canción no termina jamás. Es nuestro tributo a este ser mitológico de luz. Junto con esto que os voy a contar. Un cuento que sucedió. Fue bajo un sauce dónde los gemelos se encontraron por primera vez a Bennu, el ave Fénix. No tenían nombre. Y si lo tuvieron, no lo recordaban. Quiénes los conocían los llamaban Mi y Sol. Largos eran los días de estos pequeños que deambulaban por el pueblo, buscando limosna. Dos largos días sin comer, era casi de noche cuando los niños cayeron al suelo, derrotados por el cansancio. Se les cerraban los ojos, cuando la pequeña Mi percibió el olor a pan recién horneado. Sol se percató a continuación. Como animalillos, siguieron a su olfato. Encontraron lo que buscaban: unas mujeres vestidas de negro traían pan, aceitunas, uvas y flores aromáticas a una tumba bajo un ciprés. Lo dejaron allí y se marcharon. Al principio, los niños dudaron. Sabían que estaba mal, pero quién no lo hubiera hecho tras un par de días sin comer.

No se comieron toda la comida. Agradecieron a los difuntos que les dejaran comer de sus obsequios y rezaron una plegaria para que no se disgustaran demasiado. Con las fuerzas recuperadas, los niños corretearon por el cementerio jugando a ver quién era más rápido. Faltaba poco para que hubiera oscuridad. La cabaña del guarda era la única luz por la que se guiaban. Era de noche. En todos los cementerios, siempre debe haber una luz encendida. La luz espanta a los seres que habitan en la oscuridad. Cuidaos de las sombras. Y de los trolls que anidan en los mausoleos abandonados. Pero, ¡ay destino! Si hay algo de lo que debéis guardaros en un cementerio es de los guls... Con el apetito de una hiena, se alimentan de carroña y de espíritus perdidos. Les encantan los niños, con esa carne tan blanda y sus almas inocentes. Si Mi y Sol hubieran sabido de la existencia de esos seres.



Algol llevaba meses angustiado y aburrido. Ni una sola joven despechada por el amor de un apuesto caballero. Ni un solo joven enterrando poemas de amor para la mujer que ama y no puede tener. Ni siquiera un solo malhechor que venía a cumplir los sucios designios de su señor... Los vivos de aquel pueblo se estaban portando demasiado bien. Que tediosas eran las noches. Que infortunio más desolador. Que tragedia más ingrata para un gul tener banquete y no disfrutarlo... Que delicioso sonido el de dos niños correteando en la noche, despreocupados e ignorantes.

Uno de los pies de Sol quedó atrapado entre unos arbustos. Mi estiraba de su pierna con las pocas fuerzas que le quedaban. Tras varios intentos, cayeron al suelo al conseguir escapar de la enredadera. Despertaron a un búho de una rama próxima que le asustó con su ulular. Aunque más les asustó la risa de Algol, el gul del cementerio, que saltó de detrás de una tumba con la estatua de un ángel.

El ruido del gul al comer se escuchaba desde el pueblo. Maldito gul. El miedo no dejaba al pueblo descansar. Pero cuando se dieron cuenta que los pequeños Mi y Sol no estaban en la parroquia que los acogía, hombres y mujeres encendieron lámparas de aceite y antorchas, se armaron con cuchillos y rastrillos. Un banquete delicioso. El postre le esperaba. Mas, asustado por los vivos, Algol se marchó a toda prisa, sin poder terminar la mejor parte: el espíritu. El pueblo pudo salvar a los niños. No en carne y hueso. Solamente en espíritu.

Todas las noches, dos pequeñas luces, una amarilla otra naranja, emergían de una piedra tallada con dos nombres: Mi y Sol. Llegada la noche, los dos fuegos fatuos correteaban alrededor de tumbas, árboles, arbustos y cualquier cosa que les sirviera como juego. Ya no comían. Ni respiraban. Solamente dormían durante el día y despertaban por la noche. El tiempo pasaba de otra manera para ellos. Los jóvenes que les habían ayudado aquella noche, ahora eran adultos. Que a su vez tenían nuevos hijos. Los ancianos habían fallecido y ahora les hacían compañía a menudo. Los pequeños fuegos fatuos escuchaban todas las historias que los difuntos tenían que contar. Eran muchas, pues la mayoría habían vivido una vida entera. Otros no, como era el caso de Magdalena, de la que Mi se hizo muy amiga. La pobre murió de fiebres con ocho años. Sol le gustaba escuchar los consejos de Sierra, el cazador. Una manada de jabalís lo atacó mientras estaba desprevenido por la ginebra. Una antigua novia, decía él. Desde que estaban en el cementerio, los gemelos no se sentían solos.

Una noche como otra cualquiera, Mi y Sol jugaban a pillar. Sol alcanzó a Mi, como solía ocurrir. Enojada porque siempre perdía, Mi corrió por el camino que llevaba al pequeño monte en el que los dos se alojaban desde... desde siempre. Sol ni siquiera se molestaba en perseguirla, al fin y al cabo, la alcanzaría igual.



Mi observó a una de las estatuas del camino, un ángel alado extendiendo sus brazos hacia arriba. En el cielo, las estrellas brillaban intensamente. Entonces Mi tuvo una idea: si conseguía llegar hasta allí arriba, su hermano Sol no podría alcanzarla y, por una vez, sería ella la que ganaría. Cómo no se le había ocurrido antes. Subiría hasta arriba del todo de las manos del ángel y, desde allí, pegaría un salto tan grande que llegaría a las estrellas. Trepó, brincó, saltó. Sol vio las cabriolas de su hermana desde el camino. “¡Bájate enseguida! ¡te van a ver!”, gritó él. “¿Quiénes me van a ver? ¿Las estrellas?”, respondió Mi con entusiasmo, saltando cada vez más alto. Sol trepó por la estatua e impidió a Mi que continuara. Ella, enfadada, se tornó verde de rabia.

Un aullido se escuchó cercano. Muy cercano. La pequeña Mi descendió el tono a su color natural, anaranjado. Recordaban aquel sonido. Algol surgió de entre los cipreses. Ojos rojos y pelaje oscuro, enseñaba una boca llena de fieros dientes capaces de devorar hasta las almas... incluso el alma de dos pequeños sobre una estatua. El temible monstruo saltó sobre ellos. No se había olvidado de ellos, pues una bestia siempre vuelve a por su presa. Mi y Sol consiguieron saltar antes que los alcanzara. Los dos corrían colina abajo, el gul los perseguía, Sol corría más que Mi... Mi no podía correr más. Aturdida por el miedo, su hermano y ella se desviaron. Ninguna alma escapaba de los guls. O por lo menos ninguna que ellos hubieran conocido. Quizás si llegaba a las estrellas, el monstruo no podría alcanzarla. Mi trepó, brincó y saltó por las ramas del sauce. Pero las fuerzas le fallaron. Las estrellas eran inalcanzables. El monstruo estaba frente a ella. Adiós Sol.

Mi sintió un calor intenso. Creía que cuando las almas iban al otro mundo se sentía frío, soledad, angustia. Pero lo que sentía era hogareño, como aquel abrazo. Cómo aquel trozo de pan. Como el recuerdo de un ser querido. Su fuego no se había apagado. Aún lo sentía. Un pájaro con alas de fuego estaba posado sobre el ciprés por el que intentaba trepar. El gul se detuvo ante la presencia de aquel animal tan maravilloso. El ave emitió un graznido sonoro e intenso. Y el gul se deshizo en polvo y su ceniza se extinguió con el batir de las alas del ave. Sol llegó hasta su hermana. El ave agachó la cabeza frente a ambos. Los dos pequeños fuegos fatuos escucharon las palabras de Bennu en su mente: “encantada de conocerte Bennu. A mí me llaman Mi. Él es mi hermano Sol”.

Esta es una de las muchas historias de Bennu. La de los pequeños fuegos fatuos, Mi y Sol, que vivían solos en un cementerio. Muchas más hay que contar, pues fueron muchas las historias y los cuentos de tierras lejanas que Bennu les narró durante largo tiempo. Tanto tiempo que los niños necesitarían más de una vida para poder recordar. Y narrar.”

- ¿Ya ha vuelto a nacer?¿Cuándo ha sido?
- ¿Qué hacía el ave fénix en aquel cementerio?
- Me dan miedo los fantasmas...
- No son fantasmas, son espíritus.



- ¿De verdad existen los guls?

Las preguntas y las dudas de los niños no cesaban. Demasiadas preguntas. Demasiados sentimientos concentrados en un cuerpo tan pequeño. El debate continuó entre ellos. Los hermanos Ana y Diego se miraron complacientes, mientras Diego no dejaba de entonar la melodía que había titulado, “La sexta vida de Bennu”.

Verónica B. R.

